

Té_en_Harrods

Águeda Pallares



Image not found.

Capítulo 1

TÉ EN HARRODS

Hacía frío, el viento se coló por las hendidias y negros nubarrones ocultaron la cordillera. Se levantó atraída por el aroma del café, tomó entre sus manos la taza y bebió a sorbos mirando el paraje desolador a través de los cristales sucios.

El corazón se le encogió cuando el viento arrancó una rama del pino viejo. Sintió el suplicio del árbol en su cuerpo y cerró los ojos para no ver. El café se enfrió, y lo devolvió a la mesita.

Se alejó de la ventana y se sentó frente al escritorio, pasó la mano por las hojas recién impresas y las ordenó mientras iba leyendo frases de la novela que nunca terminaba. Poco a poco se adentró en el mundo secreto de limonares perfumados y caballos galopando entre campos de romero. Se dispuso a continuar con la última escena pero su mentese quedó en blanco.

Otra vez, la inclemencia del mundo desdibujado se le metió en la piel y volvió a sentir desasosiego; lo peor que le podía suceder era no poder continuar, no encontrar la palabra perfecta, no entender el curso de la historia que inventó y que era lo único que le permitía existir.

La tarde estaba por morir. Se levantó de su silla y dejó sobre el escritorio las páginas recién. Se acercó a la mesita en la que había una lámpara sin pantalla, encendió el foco y se puso a deambular por la habitación; por un momento le pareció que flotaba un olor a romero y se turbó.

Su cuerpo se tensó y aspiró profundamente para comprobar que era verdad; el aire estaba lleno del aroma seco de romeros del campo y sudor de caballos. La noche borró el mundo que se veía a través de la ventana, y le pareció percibir el rastro de una presencia a su lado.

—¿Quién es? —preguntó con la voz cortada.

—Soy yo —escuchó que respondían.

Ella no pudo huir y se quedó embrujada por el tono de esa voz con la que tanto había soñado.

Achicó los ojos para reconocer la imagen y sintió, dentro del pecho, que un pájaro revoloteó entre barrotes gruesos y oscuros. Tenía la boca seca y quiso buscar agua para apagar la sed, pero se quedó quieta. Cerró los ojos y se apoyó en la pared para no caer en un momento tan poco

oportuno, no quería que la presencia la supiera tan frágil. Escuchó la voz:

—Ven, acércate.

—¿Quién eres?

—Soy yo. ¿No me reconoces?

Ella se acercó pero no vio nada. Él ordenó:

—¡Huéleme!

Ella obedeció y respondió:

—Hueles a romero y a caballo.

—Así te gusta a ti.

—¿Quién eres?—Volvió a preguntar.

—¿No me reconoces? Qué decepción. Creí que me amabas, que soñabas con mis besos y mis caricias.

En ese momento, ella lo vio y reconoció su cuerpo perfecto, el torso musculado sin un pliegue de más. Se acercó y, ya sin temor, se sentó sobre sus rodillas. Él le acarició el cabello y la besó en la boca. Temblaba de placer mientras la acariciaba sin ningún reparo. Su piel se abrió como pétalos tocados por el sol.

La soltó y se levantó para acercarse a la ventana, suspiró al ver la noche tan oscura. En la habitación la luz del foco dibujó la silueta del hombre con la frente pegada a los cristales. Lo miró de espaldas y no se atrevió a acercarse. Él le dijo:

—Vengo a pedirte algo.

Ella se quedó en silencio, él suspiró y dijo:

—Necesito el calor de tu aliento para llenarme de vida. No soy nadie sin que tú me vistas con la luz que tienes. Me has dado un nombre, has dibujado mi cuerpo, has inventado mis sentimientos... En fin, me has hecho a tu medida, y yo he tratado de cumplir lo mejor que he podido: he montado en caballos que galopan entre romeros, te he hecho el amor sobre la hierba más dura —calló por un momento y continuó—. A veces imaginas mal los lugares en donde amarnos, no te ha importado que me muera de frío, porque casi siempre me tienes con el dorso desnudo.

Ella, conmovida, le suplicó:

—Perdóname, pensé que te gustaba.

—¿Gustarme? Hubiera preferido una habitación cómoda, una bañera; me hubiera gustado comer más, beber vino. Ir a Wimblendon..., nunca me has llevado a un sitio interesante.

Ella se retorció las manos y contestó:

—Pensé que te gustaban el aire libre, los caballos, el romero...

—Sí, pero me aburro, me da frío y hambre. Quiero... otras cosas. La vida debe ser más que esto.

—Pero no se me ocurre cómo complacerte.

Sonrió y se encaminó hacia la ventana, lo abrazó por la cintura mientras apoyaba la cabeza sobre su espalda desnuda y le dijo:

—Gracias por hablarme tan claro. Has hecho que comprenda tus deseos, que son los míos —se separó de él, se sentó en la silla de su escritorio y buscó en Goggle en dónde comprar pasajes de avión para viajar a Londres. Dijo:

—Ya está, embarcamos esta misma noche.

—Busca un buen hotel, estoy emocionado. No te olvides de mis trajes y zapatos—Dijo mientras levantaba los brazos y sonreía.

—No te plantes así ni me mires de ese modo, yo sé lo que te queda bien, irás como el hombre más elegante y hermoso.

Llegaron al hotel Hyde Park en Londres luego del vuelo de British Airlines en el que vieron una película romántica mientras bebían champán. Compraron en la recepción los billetes para el partido de tenis del día siguiente. Él estaba de cara a la ventana y la llamó con la mano. Le dijo:

—Mira qué hermoso, Harrods.

Ella se aproximó y se estremeció cuando sintió la mano fuerte sosteniendo su cintura. Reclinó la cabeza sobre su hombro mientras le decía:

—Hemos venido a tu tierra, sir Robert.

—Me encanta ser inglés, jugar tenis y tomar té —lo escuchó decir.

—Qué hermosa está la tarde. Salgamos a caminar por Knightsbridge —le sugirió ella, y juntos salieron.

Al día siguiente fueron a Wimblendon. Estaban sentados en un lugar preferencial. Ella lo miró con atención, sonrió al ver lo absorto que estaba y los gritos de emoción que reprimía. Lo vio voltearse y decirle al oído:

—Estoy seguro de que yo puedo jugar igual de bien que ellos.

Ella se arrimó en su brazo y le contestó:

—Mucho mejor —calló al ver su mirada fría y comprendió que quería dedicarse al tenis. Nunca se lo permitiría.

Para no dejar que las quejas se escaparan de su boca, le dijo:

—¿Qué te parece si después del partido vamos a cenar al Ritz de Paris?

—Prefiero Harrods y volver en la noche al hotel—Le contestó con el ceño fruncido.

La atrajo hacia él y le dijo:

—Te voy a comer pedazo por pedazo y me voy a chupar tus huesos.

Estaban en el receso del primer set y emocionada por la atención que le puso, asintió:

—Está bien, vamos a Harrods.

—Siempre me ha gustado tomar té allí con una bella mujer.

Se quedó pensativa y buscó en las profundidades de su mente el camino perfecto a Harrods...

Tomarían un taxi.

Entraron en el restaurante Georgian de Harrods, sintieron la alfombra mullida bajo sus pies y el aire fresco les acarició el cabello. Ella lo tomó de la mano, y se dirigieron a la mesa para dos que estaba en una esquina. Lo observó y sonrió al ver su mirada de satisfacción; lo escuchó decir:

—Esto sí me gusta, lejos del aroma de los romeros y caballos sudorosos.

Sonrió al verlo tan elegante: andaba con paso firme mientras la llevaba de la mano. Le pareció que caminaban por el paraíso. Se sentaron a la mesa; él la miró con intensidad. Ella se sonrojó y bajó la mirada, sabía que estaba hermosa con su vestido sin mangas y el collar de perlas

auténticas; el cabello recogido en una larga trenza negra dejaba ver su cuello largo y los aretes que destellaban bajo la tenue luz de las lámparas

Se les acercó un mesero y les preguntó qué querían tomar. Ella se sintió orgullosa cuando lo escuchó ordenar en perfecto inglés, pero se sorprendió aún más cuando el mesero le dijo que todo estaba en orden y terminó la frase con: «Master Robin». Cuando se quedaron solos, ella le dijo:

—No sabía que el mesero te conocía.

—Pero si he crecido en esta ciudad —se puso la servilleta sobre las rodillas y continuó—. El mesero es nieto de un sirviente de mi abuelo, y nos conocemos desde niños, por eso me llama master Robin, es algo muy inglés.

Ella bajó la mirada para que no se le notara la emoción que sentía al estar en un ambiente tan refinado. Esperaba que él no se avergonzara de su compañía, por eso se vistió elegante..., quería tener clase. En ese momento llegó el mesero junto con un asistente y pusieron, sobre el mantel blanco, pastelitos de colores y unos sándwiches divinos. Luego, el camarero tomó una tetera de plata de la bandeja que sostenía su asistente y vertió el té sobre la taza de porcelana.

Tomaron Earl Gray con leche y azúcar y, cuando terminaron, Master Robin dijo:

—Vamos a perdernos por Harrods.

Recorrieron el almacén y se detuvieron en el departamento de comida de la planta baja. Ella nunca había visto la comida tan elegante y colorida, hasta la carne parecía un objeto caro expuesto en

escaparates de lujo. De pronto, él la tomó de la cintura y la llevó a una de las joyerías. La respiración se le entrecortó y no pudo ahogar una exclamación al ver tanta ostentación. Los ojos se le nublaron cuando él le compró un anillo de brillantes y la besó en la boca frente a todo el mundo.

Momentos más tarde estaban en la habitación del hotel. Sir Robert se dirigió al cuarto de baño y se dio una larga ducha; ella se sentó sobre el borde de la cama para ver a sus anchas el enorme brillante que destellaba en su dedo. Pero, de pronto un peso le oprimió el pecho, y se puso a llorar sin poder evitarlo. Pensó en las mujeres que sir Robert debió haber amado, alguna que quizá le robó el alma y que ella no lo sabría jamás. Sacó un pañuelito desechable de la mesita de noche y se limpió las lágrimas, se levantó hacia un espejo colocado en la pared y se retocó el maquillaje, la angustia la devoraba. Él salió del baño y la besó en el cuello

enloqueciéndola; ella le devolvió el abrazo y, sin darse cuenta, estaba semidesnuda en la cama de sábanas limpias y desordenadas mientras él la amaba sin darle tregua y ella perdía el conocimiento.

De pronto, sintió una ráfaga de frío que la hizo tiritar. La penumbra regresó a la habitación y escuchó una voz gangosa que le gritaba:

—¡Otra vez metida en Internet!, ¡Otra vez con la maldita computadora!

Apartó la mirada del ordenador y vio a su marido en la puerta.

Ardía en fiebre, pero pudo contestar:

—Estoy buscando un lugar en el que pueda vender mis pasteles.

El marido estaba furioso.

—¡Mentirosa, estás viendo Harrods! ¡Joyas, hoteles en Londres! Debería darte vergüenza por no ocuparte de tus hijos: están afuera viendo televisión, y de seguro que no hay nada para comer —le gritó mientras veía las páginas de Google por las que ella había navegado y que no había cerrado.

Ella sintió náuseas cuando se levantó y vio la habitación desordenada y a su marido con la ropa

sucia y el cabello descuidado. Sintió una gran culpa por haber olvidado todo el día a sus hijos y salió de la habitación. Su marido se sentó en la silla frente al computador y cerró con violencia las páginas de Harrods y los hoteles de Londres.

Cuando se encontró con sus hijos, los besó y les pidió que la ayudaran a preparar la comida de la tarde. En la cocina comprobó que sólo tenía fideos, huevos, leche y queso fresco con lo que hizo a desgano una salsa para los tallarines. Sus hijos pusieron la mesa con individuales de plástico y vajilla incompleta; los vasos para la limonada estaban picados en el borde. El marido bajó a comer cuando su hija lo llamó. Ella lo miró masticar con la boca abierta mientras hacía ruidos. Le oyó decir:

—¡Qué tal con la señora!, soñando en Harrods cuando no conoce ni Latacunga —ella no contestó.

Él continuó:

— Además, con lo gorda que te has puesto no te han de dejar entrar ni en el avión.

Ella vio la indignación en la carita de su hija cuando contestó a su padre:

—Mi mamá está un poco gorda, pero no tanto.

—Cuando era jovencita era bien bonita. Ahora da pena —escuchó decir a su marido, pero su mente estaba en la habitación del hotel de Londres.

Sus hijos se pelearon, y entonces sintió angustia en el corazón al pensar que Sir Robert podía estar enamorado de otra. A lo mejor su amiga Lily, que se había casado con un alemán y vivía en un barrio residencial... Los niños continuaron peleando. Escuchó a su marido gritar:

—¡Ya, se callan o les arreo a correazos! Mejor me voy.

Todos se asustaron al verlo tan enojado. Gritó:

—Como parece que vives en las nubes con tus hijos insoportables, me voy a jugar cuarenta en la casa del Ricardo.

Se quedaron solos; los niños la ayudaron a lavar los platos y ella continuó soñando. Cuando terminaron, guardaron la vajilla en el viejo aparador que tenía un trapo sucio bajo una de las patas para mantenerlo estable.

Recordó que Lily podía estar ese momento con su amado Sir Robert, le había contado que ese verano iba a Londres. ¡Dios mío, si se encuentran me muero! Un olor rancio se desprendió del mantel de plástico que cubría la mesa, y entonces, dijo:

—Bueno, es hora de ir a la camita —acompañó a sus hijos al dormitorio que compartían y los besó con apuro.

Cuando se quedó sola, se acercó a la ventana y constató que no estaba el Ford destartado del marido su marido, seguro, regresaría a la madrugada. Tenía tiempo para regresar a la habitación del Hyde Park.

Se sentó al escritorio, encendió la computadora y buscó su último encuentro con Sir Robert.

Entró en la habitación con la respiración entrecortada y no lo vio. La cama continuaba revuelta y se le escapó una lágrima porque no pudo terminar de amarlo momentos antes. Los celos la consumían, no sabía dónde encontrarlo y entonces recordó que él le dijo que le gustaba tomar té en Harrods acompañado por una mujer hermosa. Sin pensarlo dos veces, se metió en la ducha y se lavó el cabello con el champú que encontró en la canastilla.

Sentada frente a la peinadora, se untó la cara y el cuerpo con crema de miel de abeja y se recogió el cabello para resaltar su cuello largo. Se puso un vestido de seda, los aretes, el collar y el anillo de brillantes que

centellaban en su velador. Con su cartera Cartier y los zapatos Celine, salió del hotel y se confundió entre la gente que caminaba por Brompton Road. De su cuerpo se escaparon notas del perfume que sir Robert le había regalado: Lady Million de Rabanne «es una fragancia floral, amaderada y fresca, vibrante y sensual como un néctar de flores voluptuosas, de estela delicada y, no obstante, muy presente». Era la frase que había leído en la etiqueta. De pronto, se encontró frente a Harrods. Respiró hondo y entró.

La atmósfera del Georgian era la misma de la tarde anterior, pero ahora estaba sola. Entró con la cabeza alta y porte de reina. «Nadie va a notar que me muero por dentro, que estoy hundida en un hueco oscuro, sé que está con una mujer de más clase, o más linda», pensó mientras el camarero, que la reconoció, la condujo a la misma mesa de la tarde de ayer. Le preguntó:

—¿Té para dos?

—Sí —contestó con amabilidad y se sentó.

Sobre la mesa de mantel largo reposaba el menú del té de la tarde. Lo tomó entre sus manos y examinó como si se tratara de un texto filosófico, pensó que así disimulaba la locura que tenía por dentro. Leyó: «Té de la tarde: Sándwiches de salmón ahumado en pan cortado con pepino, yogur de menta, mantequilla de alcaparras y jamón con; queso Branston; ensalada de trufas con huevo y berro».

Interrumpió la lectura porque le pareció que en el aire flotaba el olore del romero, pero bajó rápido los ojos y siguió leyendo: «caseros servidos con crema batida, mermelada de pétalos de rosa y fresas escarchadas». Al final estaba escrito: «Pasteles de nuestra confitería. Una selección de tés de los jardines de Harrods». El camarero se le acercó y le preguntó:

—¿Madame, desea que le traiga una tizana hasta que llegue Master Robin?

Ella dijo que le haría bien relajarse mientras esperaba. El camarero trajo la tizana y un aroma de romero se escapó de la taza.

Sonrió al pensar que nunca más dejaría a su personaje en un ambiente tan peligroso como Harrods, su protagonista volvería a galopar entre romeros con el torso desnudo y ella sería la única mujer de su mundo.